



Análisis 8 / 2022

16 Junio 2022

## **Rusia, más allá de Putin: la influencia de las tesis de Aleksandr Dugin en la política exterior rusa**

**Dr. Josep Baqués / Dr. Enrique Fojón**

A menudo, la geopolítica se invoca de manera vaga y abstracta, con frecuencia se le otorgan varias acepciones y, por lo tanto, necesita explicación. La geopolítica se entiende más útilmente como una referencia al comportamiento de los Estados dominantes, a los que se solía llamar Grandes Potencias. Hay un motivo de confusión incrustada en las Relaciones Internacionales, lo que generalmente se refiere como Orden Mundial centrado en el estado, basado en la igualdad jurídica como lo ejemplifica el derecho internacional, algo mistificado por los líderes occidentales, que insisten en que la política exterior de Occidente se adhiere a las restricciones de un Orden Internacional regido por reglas. Sus rivales, China y Rusia, no lo comparten y eso para él marca la diferencia.

Durante la Guerra Fría, a pesar de sus constantes crisis, guerras y carreras armamentistas, se logró evitar la Tercera Guerra Mundial al conseguirse un equilibrio de poder geopolítico, relativamente estable, basado en dos elementos principales: la disuasión (destrucción mutua asegurada) y el respeto por las esferas de poder de cada uno. Los riesgos de guerra durante este período surgieron por las diferentes percepciones de los respectivos grados de control sobre las esferas de influencia, como en la Crisis de los Misiles Cubanos de 1962 y la interacción de nacionalismos y afinidades ideológicas en los tres países divididos. En el caso de Corea y Vietnam condujeron a guerras terriblemente destructivas, guerras de poder.

Mientras que en el caso de Alemania produjeron crisis recurrentes que pusieron en peligro la paz de manera aterradora.

El colapso de la Unión Soviética condujo a lo que, desde Estados Unidos proclamaron como el inicio de "un momento unipolar", lo que significó que la lógica del equilibrio y la disuasión ya no se aplicaban, especialmente en conflictos dentro de las esferas de influencia que limitan con China y Rusia. El equilibrio fue reemplazado por la lógica del dominio y la asimetría. Una atmósfera triunfalista surgió en los EE. UU. durante la década de 1990 expresada en frases como 'el fin de la historia', 'el segundo siglo estadounidense', 'la doctrina de la ampliación' y 'la promoción de la democracia'. La geopolítica ya no se concebía en gran medida en términos regionales, sino más bien como una empresa global de un solo actor político, Estados Unidos, el primer verdadero "estado global" cuya zona de seguridad abarcaba el planeta (Richard 2022).

Es posible que la invasión rusa de Ucrania estuviese motivada por diferentes vectores estratégicos. Entre ellos pueden citarse el temor a la expansión de la OTAN, la deriva hacia Occidente de Ucrania y la confianza de Moscú en su capacidad energética y reservas económicas. Pero existe el intangible del componente ideológico en la decisión de Vladimir Putin. Porque el conflicto actual involucra no solo a Ucrania, sino que se convierte en un enfrentamiento más amplio Este-Oeste. Transponiendo términos, en lugar de la Unión Soviética, Estados Unidos y sus aliados se enfrentan al continente euroasiático, con Rusia como alma. En el espacio geográfico, Eurasia cubre el antiguo imperio soviético, excluyendo los estados bálticos, así como Mongolia y partes del noroeste de China. Y dentro de este territorio reside una gran civilización, una civilización rusa, que representa la única alternativa verdadera al Occidente decadente y globalizado.

### ***Contexto histórico del debate planteado***

Encontrar explicaciones plausibles de lo que está sucediendo en Rusia exige un pequeño esfuerzo de contextualización. La caída de la URSS fue señalada por Putin como uno de los grandes desastres de la historia de la humanidad: un "cataclismo geopolítico". A raíz de ello, los años 90 fueron los del mundo unipolar, liderado sin apenas contrapesos por los Estados Unidos. Por diferentes razones, ni China ni la propia Rusia estaban en condiciones de competir por la supremacía, dejándola en manos de los Washington.

Esta situación se reflejó en la OTAN y en sus sucesivos Conceptos Estratégicos, como el de 1999, que tenía por epicentro la gestión de crisis, a partir de la experiencia de la ex

Yugoslavia. De hecho, por aquel entonces, la esperanza del mundo occidental era integrar a una Rusia domesticada. En algunas fases de su mandato, Yeltsin parecía atender a esas razones. Pero con la llegada de Putin al poder todo comenzó a cambiar. Sin embargo, Putin no es un filósofo, ni siquiera un ideólogo. Por lo tanto, para entender las dinámicas de la Rusia de nuestros días, conviene rastrear sus orígenes, motivaciones y narrativas, algo más allá de la esfera del poder formal.

En este análisis, se propone una mirada al pensamiento de uno de los intelectuales más influyentes de la Rusia actual, así como uno de los más influyentes sobre el propio Putin. Se trata de Alexander Dugin, a la sazón uno de los principales avalistas de la geopolítica rusa de nuestros días y, según algunos expertos, el auténtico “cerebro” de Putin (Barbashin y Thoburn, 2014).

Sin embargo, eso no significa que las opiniones de Putin y las de Dugin coincidan, sin más, dado que es, ante todo, un realista (Dugin, 2018)<sup>1</sup>. En cambio, Dugin no lo es en igual medida, ya que posee una vena idealista que se tratará más tarde. Dugin mezcla intencionadamente todo tipo de consideraciones de orden moral, en principio ajenas a la Razón de Estado, con los intereses de seguridad nacional rusos. Todo ello sin perjuicio de que el propio Dugin tienda puentes entre esas dos sensibilidades.

La conexión tiene sentido en la medida en que sea funcional para generar un consenso interno en relación con el modelo de sociedad, alineando también a las elites encargadas del proceso de toma de decisiones a nivel internacional. De hecho, Dugin reconoce que no ha sido fácil doblegar a Putin, aunque cree que se ha llegado a un cierto consenso básico al respecto. Hoy en día, alguna de las obras más importantes de Dugin son leídas tanto en el sistema educativo público ruso, como en sus academias militares (Pittz, 2022).

En todo caso, no estamos ante un autor novel. Sus obras han ido calando, a lo largo de los años, en la sociedad y entre la élite política rusa. Sus inicios coinciden con el final de la URSS, como ideólogo del partido nacional-bolchevique ruso y como asesor especial de la Duma, en 1999. Pero en el ínterin, un inquieto Dugin flirteó con los comunistas de Zyuganov, a quienes influyó, así como con el nacionalista Prokhanov (Dunlop, 2004). Esta peculiar trayectoria se halla en la base de la explicación de las razones por las cuales los ex comunistas y los nacionalistas de corte conservador rusos confluyen en la misma política, en este caso encabezada por Putin.

---

<sup>1</sup> <https://www.politicaexterior.com/Trump-paso-hacia-objetivo-insuficiente/>

Por consiguiente, los albores del activismo de Duguin también coinciden con el período de decadencia que subyace a la transición entre el final de la URSS y la llegada de Putin al poder. Duguin tuvo que hacer su particular travesía del desierto, antes de llegar a buen puerto. Pero, llegados a nuestros días, entender a Duguin es necesario para completar el puzzle que nos permite entender las razones que están detrás de la guerra de Ucrania.

### ***Las razones de la guerra de Ucrania***

Son conocidos los motivos fundamentales por los que Putin dio la orden de invadir Ucrania. Esas razones responden a una imagen muy clásica de la geopolítica. Nada que ver, pese al discurso empleado por el Kremlin, con supuestas causas justas. Por otro lado, el empecinamiento en encontrar una causa única, a fin de explicar estos movimientos en el tablero mundial no tiene mucho sentido. Como Max Weber adujo cuestionando a Marx, en su obra *La objetividad del conocimiento en las ciencias sociales* (1902) es más frecuente y, por ende, más realista, avanzar por la senda de las explicaciones pluricausales.

En ese sentido, los objetivos mínimos de Rusia (el acicate principal) eran impedir que Ucrania entrara en la OTAN, así como consolidar las posiciones rusas en Crimea y en el Donbas. De ese modo, Rusia podía ampliar su cinturón de seguridad, además de lanzar una seria advertencia a otros Estados que estuvieran tentados de seguir el camino iniciado, de consuno, por el gobierno de Kiev y por la Alianza Atlántica.

Luego, se pueden añadir otros objetivos, como la eventual conexión entre las dos zonas señaladas; enlazar esos territorios con Transnistria, a través de Odessa; o incluso tomar el control de Kiev mediante el establecimiento de un gobierno títere de Moscú, aunque el desarrollo de las operaciones no permita que los rusos sean optimistas, salvo en lo que concierne al primero de esos objetivos adicionales. Pero eso sigue formando parte de una geopolítica muy clásica, en defensa de esa suerte de “cinturón” rusófono que, además, permitiría garantizar el monopolio ruso en el Mar Negro, evitando la salida al mar de Ucrania, lo que incrementaría la capacidad de chantaje rusa sobre la economía de Kiev. Tal como ha evolucionado la guerra, es complicado que Rusia, a estas alturas, se conforme con los objetivos mínimos señalados en el párrafo anterior.

Dicho lo cual, las finalidades rusas mantienen una conexión evidente con la Doctrina Primakov que, a su vez, tiene casi tantos años como la disolución de la URSS. En este caso, lo que se plantea es que la tarea de Rusia pasa por evitar que el mundo sea unipolar, dirigido desde Washington; recuperar en lo posible el área de influencia perdida con el final de la

Guerra Fría; y plantear una alianza para contrapesar a Occidente, de la que serían parte la propia Rusia y China, así como, idealmente, India. Como se verá, en mayor o menor medida, la invasión de Ucrania responde a esa triple lógica.

En todo caso, puede decirse que el nivel de análisis que nos ofrece el recordatorio de la Doctrina Primakov permite vislumbrar la existencia de una estrategia que va mucho más allá de los análisis de coyuntura planteados en párrafos precedentes. Asimismo, permite entender que detrás de las opciones elegidas por Putin hay un razonamiento que dista de ser meramente defensivo.

Pero, para entender el marco en el que opera la propia Doctrina Primakov, la aproximación de Duguin juega un papel relevante. Porque reviste la lógica geopolítica inherente a todo lo anterior con un envoltorio moral, e incluso civilizacional, que aspira a ofrecer una pátina de legitimidad a la ofensiva rusa. Si Primakov adapta la lógica de Brzezinski a la geopolítica rusa; Duguin hace lo propio con la lógica de Huntington. En buena medida, sus conceptos son sinónimos de las civilizaciones del norteamericano, que las definía del siguiente modo:

“Una civilización es el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los seres humanos de las otras especies (...) Las civilizaciones son el `nosotros´ más grande dentro del que nos sentimos culturalmente en casa, en cuanto distintos de todos los demás `ellos´ ajenos y externos a nosotros” (Huntington, 1997: 48).

Cuando eso ocurre, los valores pasan a ocupar un lugar central en la argumentación: ya no se puede hablar solamente de geografía. También está presente una supuesta superioridad cultural y moral rusa frente a Occidente y sus aliados. Superioridad en parte debida a méritos propios, pero en parte debida a los defectos de la civilización occidental. En ese sentido, a los ojos de Putin, la invasión de Ucrania también es fruto de un conflicto entre el bien y el mal. Es decir, entre la moral tradicional y la degeneración moral.

Eso no significa que se esté ante la principal motivación de Putin. No lo es. Pero estamos ante un factor coadyuvante de enorme peso específico. Sin embargo, para comprender eso, es imprescindible entender cuáles son los parámetros entre los que se mueve Duguin.



### ***Buceando en las tesis de Duguin***

Para cubrir ese objetivo, podemos citar tres fundamentos que subyacen a su dilatada obra. Por una parte, la idea de Eurasia; y, por otra, su defensa de lo que da en llamar la “Cuarta Teoría Política”. El elemento transversal a todas esas aproximaciones a la realidad es la convicción acerca de la primacía de la moral, de los valores, y de la tradición, sobre la economía, y sobre la política. Del mismo modo que Huntington basaba su concepto de “civilización” en aspectos culturales, normalmente vinculados a religiones preexistentes, más o menos secularizadas, Duguin tira de ese mismo hilo para ofrecer un diagnóstico, si bien no siempre es coincidente con el del estadounidense. Sobre todo, en lo que se refiere a las propuestas que se derivan del mismo.

#### **1. Eurasia como civilización**

Rusia es vista por Duguin como una civilización “telurocrática”, anclada en el *Heartland* de Mackinder. Algo que el británico ya había dejado claro desde la primera elaboración de su tesis, cuando apenas se refería al “área pivote” (Mackinder, 1904). Más relevante es que Duguin apueste por una confrontación abierta entre esa lógica y la talasocrática, representada primero por Gran Bretaña (desde el siglo XVIII) y posteriormente por los EE. UU. (hasta la actualidad). Así como que Duguin entienda que Rusia es fruto de la confluencia entre la tradición cristiana bizantina y la tradición “euroasianista” legada por los mongoles (aunque esto último también sea explícito en la obra de Mackinder), convenientemente filtrada por los primeros príncipes rusos y luego por los zares propiamente dichos. Eso nos retrotrae, expresamente, al Rus de Kiev<sup>2</sup> y todo ello concede a Rusia un doble atributo, casi

---

<sup>2</sup> El período del Rus de Kiev es definido por Duguin como el “preámbulo de la misión nacional” de la “Tercera Roma” (Duguin, 2016: 17).

un estatus: ser la “Civilización de la Tierra”, diferenciada del mundo marítimo, y ser la “Tercera Roma”<sup>3</sup>, diferenciada del mundo católico (Duguin, 2015: 8-9). Al final, lo que Duguin defiende es que Rusia no es Europa, ni es Asia. Más bien, se trata de un *tertium genus*, con personalidad propia (Duguin, 2016: 1-2).

A su vez, es importante comprender los valores en los que Duguin sustenta esa civilización que, a fuer de ser eslava, es euroasiática: a) conservadurismo; b) holismo; c) antropología colectiva (el colectivo es más importante que el individuo); d) espíritu de sacrificio; e) idealismo filosófico; f) potenciación de valores como la fe, el honor, la lealtad y el ascetismo (Duguin, 2015: 10). Mientras que en otros textos añade notas como la “virtud guerrera”, la “tenacidad” o la “ayuda recíproca” (Duguin, 2016:3).

Frente a todos esos valores, la civilización occidental, producto no tanto del cristianismo, como de su imparable secularización, se postula como la protectora del materialismo, del individualismo, del egoísmo, de la competitividad, del progreso técnico, del racionalismo, del consumismo y de la explotación económica (Duguin, 2016: 2-3). Por todo ello, se presenta el euroasianismo como el freno al globalismo o como la “plataforma conceptual del anti-globalismo”, sin perjuicio de que pueda llegar a ser también el embrión de un globalismo alternativo (Duguin, 2016: 20) aunque por el momento la tarea más perentoria es servir como dique de contención de ese fenómeno.

Los valores defendidos por Duguin también serían, según su percepción de las cosas, los de la guerrera Esparta, frente a la comercial Atenas; así como los de la Roma basada en principios, frente a los depredadores fenicio-cartagineses. Al final, sin embargo, Cartago estaba del lado incorrecto de la historia y por ello fue reducida a escombros, no dejándose piedra sobre piedra... como en tiempos recientes, añadimos nosotros, ha sucedido en Grozni o en Mariupol...

A ojos de Duguin este enfrentamiento perpetuo entre la “civilización de los mercaderes” (talasocrática, ateniense, cartaginesa) y la “civilización heroica” (telúrica, espartana, romana) se prolonga hasta el día de hoy. La Guerra Fría terminó con la victoria del “espíritu pútrido de la plutocracia” (Duguin, 2015: 70). Pero no se trató de ninguna casualidad. En realidad, Duguin es crítico con todos los movimientos generados, al menos, desde el Tratado de Versalles de 1919. Pero lo es especialmente con la ofensiva de la “Comisión Trilateral”, ya en la fase final de la Guerra Fría, ya que interpreta que se trata de una Gran Estrategia del

---

<sup>3</sup> Siendo la propia Roma y Constantinopla las dos anteriores. La Rusia de Duguin y, a partir de él, la de Putin, se presenta a sí misma como la única sucesora de ese legado, que es el origen de nuestra civilización (occidental), pero que habría sido traicionado por la misma.

bloque capitalista, destinada a unir los tres focos de ese modelo de producción: América, Europa y Japón (Duguin, 2015: 55). Los acuerdos entre los EE. UU. y China a partir de 1972 serían una jugada maestra en esa dirección, al arrastrar a China hacia el liberalismo y al mismo tiempo aislar a la URSS. Por eso -y para que eso no se repita- Duguin cree que Rusia debe cortejar a China.

De hecho, aunque la “Tercera Roma” estaría formada por los Estados miembros de la CEI, constituyendo en sí misma una civilización, Duguin llama a una política de alianzas para debilitar la hegemonía de los EE. UU. La postura de Alemania y Francia en la guerra de Irak de 2003, opuesta a la invasión decidida desde la Casa Blanca, es vista como una oportunidad perdida de generar una coalición telurocrática europeo-euroasiática (Duguin, 2015: 117). Pero Duguin aspira a agrupar bajo la égida rusa a otras civilizaciones que también estarían resentidas con Occidente, y alejadas de su modo de entender la vida:

“Rusia es una civilización original. No solo está llamada a contraponerse a Occidente, salvaguardando la identidad de su propio desarrollo, sino que también aspira a colocarse a la vanguardia de otros pueblos y países de la Tierra en defensa de su propia libertad [de cada uno de esos pueblos] en cuanto a civilización” (Duguin, 2016: 2).

China es advertida por Duguin (2019), acerca de su triste final, si se deja dominar por los designios de los EE. UU. y de la OTAN:

“China puede ser controlada por los EE. UU./OTAN. Significa que el Occidente dominará el Rimland, el Heartland y el Mundo. Si los globalistas consiguen promover su control sobre China a través de la globalización, influenciando a las generaciones más jóvenes, la tecnología, el capitalismo global y las teorías liberales, entonces dominaran el mundo”.

Por lo tanto, de acuerdo con las tesis de este intelectual, Rusia está llamada a liderar, o al menos a inspirar, una coalición de civilizaciones opuestas al falso universalismo liberal. En este aspecto, Duguin (2012: 203) es generoso, aunque en ello podamos apreciar cierto tacticismo:

“So, all traditionalists should be against the West and globalization as well as against the imperialist politics of the United States. It is the only logical and consequent position. So traditionalists and partisans of traditional principles and values should oppose the West and defend the Rest, if the Rest shows signs of the conservation of Tradition whether in part or entirety”.



Como consecuencia de ello, el llamamiento se plantea a todos los defensores de la tradición, contra la posmodernidad. Aunque sus preferencias en relación con el islam están claramente centradas en Irán y el mundo chiita, y pese a sus reticencias en torno al salafismo (al que acusa de pretender una “universalidad”, aunque alternativa al mundo occidental), su llamamiento a la amistad antioccidental se extiende también al mundo sunnita. No menos que al hindú. E incluso al mundo judío. Y, por supuesto, al chino.

## 2. La Cuarta Teoría Política

El hilo conductor de Duguin arranca de Heidegger y su concepto de *Dasein*, pero sigue la estela de Alain De Benoist. Lo hace tras echar raíces y dotar de continuidad a la experiencia del nacional-bolchevismo de Niekisch, líder de la autoproclamada República Socialista Soviética de Baviera, de efímera vida, allá por 1919. El propio Hitler tuvo cargos como representante electo o delegado de los trabajadores en ese experimento fallido (Weber, 2018: 88). Pero Niekisch fue posteriormente condenado a cadena perpetua por el régimen de Hitler, porque criticaba que el Führer se habría vendido a los intereses del gran capital alemán. Es decir, el incipiente nacional-bolchevismo que tanto admira Duguin deseaba hacer borrón y cuenta nueva con todo lo que transpirara mentalidad burguesa, con cualquier interés extranjero (o simplemente, transnacional) y con cualquier proyecto que, más allá de las apariencias, pusiera a la economía por delante de la política.

Duguin tiene en muy buena consideración a Guenon, a Evola, así como a De Benoist. La crisis del mundo moderno y la rebelión contra el mismo recuerdan sendas obras de los dos primeros autores citados. Pero se trata de lemas a los que se acoge cómodamente la sensibilidad del ruso (Duguin, 2012: 202), hasta el punto de convertirlos en la piedra de toque de su obra.

Sin embargo, el planteamiento de Duguin se aleja (o al menos lo intenta) de la ceremonia de la confusión que esos precursores han generado en torno a la relación entre extrema derecha y fascismo. Porque tanto Evola como De Benoist, cada cual a su manera, han propiciado una confluencia entre esas dos ideologías, con raíces tan distintas. En este sentido, es sintomática la tesis de Evola, al entender el fascismo como remedio de emergencia en beneficio de la tradición. Es decir, como instrumento de la tradición, que sería algo mucho más denso y profundo (Evola, 2010: 10). Algo similar sucede en la incesante búsqueda de una tercera vía por parte de De Benoist, que suele recordar las dificultades del fascismo para despegarse del ideal burgués (De Benoist, 2010: 75).

Lejos de ello, Duguin llega a contraponer ambas teorías: el fascismo y la tradición son cosas diferentes<sup>4</sup>. Pero lo hace en el marco de una revisión más general de la teoría política (occidental) de los últimos siglos. De ese modo, Duguin plantea una crítica a todos los “ismos” que lideraron las teorías políticas precedentes, pero lo hace salvando a la tradición, que estaría llamada a resurgir de sus cenizas, una vez derrotados aquellos “ismos”. Rusia sería, en esta lógica, no ya el Estado (pues Duguin asume que es más que eso) sino la civilización, encargada de liderar esa empresa.

En todo caso, su diagnóstico es tan pesimista como el de sus predecesores. Eso puede advertirse a partir de la crónica que Duguin realiza de las tres primeras teorías políticas, a saber: el liberalismo (que se habría equivocado al poder en el centro de la vida política al individuo), el marxismo (que se habría equivocado al ubicar en esa posición de centralidad a las clases sociales), y el fascismo (que se habría equivocado al proponer que el Estado es el epicentro de la política, si bien admite que en el caso del nazismo, esa centralidad le corresponde a la raza). Lo que Duguin advierte es que el liberalismo -a la sazón, la teoría que le resulta más repelente de las tres que cita- es la que ha triunfado. Al menos, por el momento.

Esa es la situación descrita, aunque sea con otras palabras, por Francis Fukuyama en 1992. Pero, lejos de conformarse con ello, Duguin propone su Cuarta Teoría Política, para plantarle cara al liberalismo y a la mentalidad burguesa, mejorando para ello las tesis marxistas y fascistas, que contenían sus propios problemas y errores y que deben ser purgadas de los mismos.

En efecto, Duguin cuestiona el marxismo. Sobre todo, el marxismo de Marx. Su principal problema era el materialismo y el determinismo económico (Duguin, 2012: 42-43). Su principal virtud, el desprecio a la burguesía y al estilo de vida burgués (ídem: 44). En cambio, Duguin avala el nacional-bolchevismo y su versión euroasianista (que suele definir como neo-eurasianismo<sup>5</sup>), porque habría incorporado a la base marxista una serie de ingredientes

---

<sup>4</sup> Cuestión distinta es que lo logre, porque su énfasis en lo social y en lo colectivo, lo acercan al fascismo, si bien dentro de un marco general de defensa de la tradición, que es algo que tiene poco o nada que ver con el fascismo.

<sup>5</sup> El viejo eurasianismo era planteado como dique de contención frente a Europa Occidental. En cambio, el nuevo tiene como principal enemigo al bloque marítimo-atlantista, liderado por el Reino Unido y los EE. UU. Y esto es así hasta el punto de que Duguin estuvo años tratando de afianzar un Eje Berlín-Moscú. Y por momentos, incluso, París-Berlín-Moscú. En ese sentido, la lectura de Mackinder afianza sus convicciones, porque el geógrafo británico asumía que un eje Berlín-Moscú sería factible y que, de darse, al Reino Unido y a los EE. UU. solamente les quedaría la opción de enfrentarse al mismo, precisamente aprovechando su dominio de mar. Más allá de cualquier otra consideración, es interesante comprobar, a lo largo de los últimos meses, no menos que en la Cumbre de Bucarest de la OTAN de 2008, esa tendencia de Francia y de Alemania a ser

heterodoxos que, paradójicamente, son los únicos que podrían convertir la teoría original de Marx en algo plausible, aunque sea a costa de desvirtuarla. Esos ingredientes son la familia, la espiritualidad, la nación y la religión (Duguin, 2016: 179).

Del fascismo cuestiona, sobre todo, su racismo. Aunque también admira su ímpetu anti-burgués. Pero pronto establece un puente conceptual entre fascismo y liberalismo. Porque la liberal sería, a su entender, la más racista de las ideologías. Esta interpretación se basa en que dicha ideología desea trasladar a todo el mundo las características de una única civilización, anglosajona y etnocéntrica, anulando de ese modo a las demás (Duguin, 2012: 39-40). Por lo tanto, con resabios marxistas más que evidentes, Duguin equipara liberalismo y fascismo, separando a ambas teorías del necesario respeto a la tradición. Respeto que, en el fondo, lo es a todas las tradiciones, en plural. De este modo, Duguin puede sumar adeptos, diferentes de la “Tercera Roma”, como aliados potenciales de Rusia en la pugna por acabar con el mundo unipolar.

De este modo, la Cuarta Teoría Política no solamente abraza a los (verdaderos) cristianos y a los musulmanes, sino que tiene por norte impedir las guerras provocadas por las diferencias religiosas. No tienen sentido, porque debilitan al mundo de la tradición, para favorecer de ese modo al globalismo y al posmaterialismo, liderado desde Washington. En sus propias palabras:

“The inter-confessional wars and tensions work for the cause of the kingdom of the Antichrist who tries to divide all the traditional religions in order to impose its own pseudo-religion, the eschatological parody. So we need to unite the right, the left and the world’s Traditional religions in a common struggle against the common enemy. Social justice, national sovereignty and Traditional values are the three main principles of the Fourth Political Theory. It is not easy to put together such a varied alliance. But we must try if we want to overcome the foe” (Duguin, 2012: 206).

Como puede apreciarse, la calculada ambivalencia de las tesis de Duguin, planteada a partir de su abanico de críticas, pero también a partir del establecimiento del enemigo común, a modo de “federador externo”, es útil para comprender el modo en el que sus ideas o, en general, las ideas de las que Putin acaba siendo portavoz, reciben atención a diestro y siniestro. Es decir, tanto entre grupos de extrema derecha, como entre colectivos de extrema izquierda, en las sociedades occidentales: los descontentos con la deriva occidental, anti-

---

condescendientes con Rusia (como poco) y a llegar a acuerdos de enjundia estratégica con ella (en su caso). Pero es probable que eso no se deba a las tesis de Duguin, sino a eso que subyace a todo lo demás, que se llama Geopolítica, y que Duguin gestiona con criterio (guste más o menos ese criterio).

liberales todos, aunque por diversos motivos (más sesgados hacia la economía en unos casos, y más orientados a la moral, en otros casos) hallan eco en la obra de este intelectual.

Como quiera que el Estado no es el concepto central de la teoría de Duguin, pero sin su apoyo las civilizaciones no podrían defenderse, ni desarrollar su proyecto (Pittz, 2022) Putin requiere esta nueva alianza. A Huntington le sucedía algo similar en relación con el rol de los Estados, en un contexto básicamente civilizacional. Pero la tesis de Duguin & Putin sería una de sus peores pesadillas, ya que aislaba a la civilización occidental del resto. Entonces, puede decirse que el diagnóstico de Huntington y el de Duguin tienen muchas cosas en común. Pero eso no incluye sus propuestas de futuro.

En última instancia, todos esos Estados, líderes de otras tantas civilizaciones, pueden ser buenos puntos de apoyo para la geopolítica de Rusia. Sobre todo, para descongestionar la presión que se genera desde el Rimland pro-atlantista contra el Heartland euroasiático.

### **Conclusiones**

El despliegue ideológico ruso no es ajeno al militar. Lleva lustros siendo cuidado por las autoridades rusas. Al servicio tanto de una pretendida regeneración interior como de su política exterior. La búsqueda de legitimidad no lo es tanto ante la opinión pública occidental, en sentido amplio, como ante otras audiencias, que bajo la mirada inquisidora de Moscú están menos contaminadas por la posmodernidad. Aunque también llega, con cierto éxito, a partidos y movimientos de Europa Occidental con propensión a cuestionar el orden establecido. Y lo hace en ambos lados del eje izquierda-derecha, con desigual fortuna, en función del país y de las circunstancias. Pero siempre de modo incisivo.

Detrás de la guerra de Ucrania aparecen una serie de condiciones que Rusia trata de imponer por la fuerza, dadas sus limitaciones en otros terrenos. Impedir la entrada de Ucrania en la OTAN, consolidar sus éxitos de 2014 en Crimea y el Donbas, e incluso ampliar la base territorial sobre la que opera, para mejorar las opciones de defensa de ambos territorios en el futuro. Todo eso es cierto. Como lo es también que se trata de una tentativa más de asegurar que el mundo no baila al son que tocan los EE. UU. La obsesión de Putin por combatir la unipolaridad es otro de sus nexos con Duguin. De modo que lo que está aconteciendo en Ucrania, no solo no es incompatible con todo lo señalado en este análisis, sino que puede verse, *a fortiori*, como uno de sus despliegues. No en vano, Ucrania habría traicionado sus orígenes, acercándose a Occidente no solo en lo geopolítico, sino también en lo civilizacional. Entonces, su deseo de incorporarse a Occidente añadiría derivadas

civilizacionales a las derivadas ya comentadas al principio de este artículo, de orden estrictamente geopolítico.

Por consiguiente, la Rusia de Putin ha asumido como parte de su agenda el hecho de convertirse en un Estado-civilización capaz de liderar una cruzada contra la posmodernidad, al rescate de los valores de la tradición. Esa cruzada se plantea como superación de teorías políticas que Duguin considera caducas, a fuer de equivocadas: liberalismo, marxismo y fascismo. Y, para ello, Putin, siguiendo la estela de Duguin, está armando una colación de civilizaciones cuyo nexo común es su oposición a la lógica occidental.

La votación celebrada en la Asamblea General de las Naciones Unidas el dos de marzo de este año, por la cual se condenaba la agresión rusa a Ucrania, ha sido interpretada demasiado a la ligera desde las capitales occidentales. Una atenta mirada a sus resultados muestra que algo se mueve, en la dirección deseada por Duguin y por Putin. La amenaza latente es que terminemos siendo parte de una nueva política de bloques, a escala planetaria. Lo que impide que la gente lo vea es que el móvil ya no tiene que ver con los grandes modelos económicos. Pero eso no significa que no se esté larvando algo que se asemeja demasiado a lo vivido en la Guerra Fría y que puede marcar las agendas de las principales potencias en los próximos años.

---

**Josep Baqués y Enrique Fojón** son investigadores del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria).

## **Bibliografía**

- Barbashin, Anton y Thoburn, Hannah (2014). Putin's Brain. Alexander Dugin and the Philosophy Behind Putin's Invasion of Crimea. *Foreign Affairs* (march, 31).
- De Benoist, Alain (2010). *Más allá de la izquierda y de la derecha. El pensamiento político que rompe esquemas*. Barcelona: Áltera.
- Dugin, Alexander (2012). *The Fourth Political Theory*. Moscow: Eurasian Movement.
- Dugin, Alexander (2015). *La geopolítica de Rusia. De la Revolución rusa a Putin*. Barcelona: Hipérbola Janus.
- Dugin, Alexander (2016). *Proyecto Eurasia. Teoría y Praxis*. Barcelona: Hipérbola Janus.
- Dugin, Alexander (2018). Entrevista de Política Exterior al autor. Disponible en: <https://www.politicaexterior.com/actualidad/trump-paso-hacia-objetivo-insuficiente/>.
- Dunlop, John B. (2004). "Aleksandr Dugin's Foundations of Geopolitics". *Stanford. The Europe Center*.
- Evola, Julius (2010 [1953]). *Los hombres y las ruinas*. Barcelona: Editorial LAMBDA.
- Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones. Y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Pittz, Steven (2022). "A Civilizational War?" En *City Journal* (March, 27) accesible en <https://www.city-journal.org/does-putin-take-his-cue-from-alexander-dugin>
- Richard (2022). "The Ukraine War: A Geopolitical Perspective". *Global Justice in the 21st Century* (May).
- Weber, Thomas (2018). *De Adolf a Hitler*. Barcelona: Taurus.